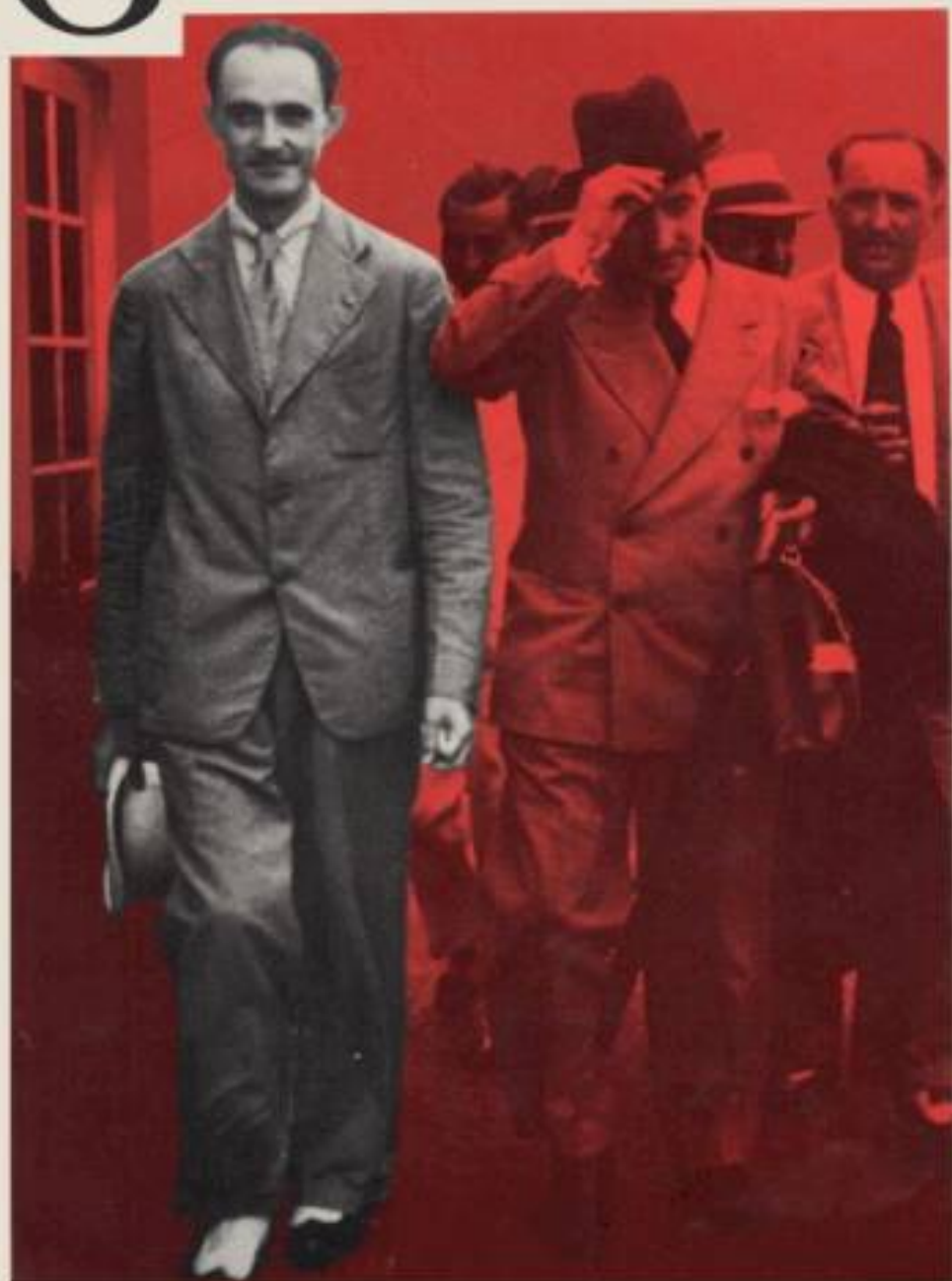


Manuel Vázquez Montalbán

GALÍNDEZ



A caballo entre el reportaje y la ficción, *Galíndez* narra un suceso histórico: la desaparición y ulterior asesinato del abogado y combatiente vasco en la Guerra Civil española Jesús de Galíndez. Nueva York, 1956: Jesús de Galíndez, representante del PNV en Estados Unidos, trabaja en una tesis doctoral sobre las dictaduras latinoamericanas centrada en la figura de Trujillo y su sanguinario régimen. Poco después de presentar su tesis, Galíndez es secuestrado y conducido a la República Dominicana, donde se le pierde el rastro para siempre. A partir de este hecho, Manuel Vázquez Montalbán crea un relato imaginario: la investigación que, treinta y dos años más tarde, lleva a cabo una universitaria americana, Muriel Colbert, a la que pondrán en peligro las mismas fuerzas oscuras que acabaron con Galíndez. Sobre el misterio, las verdades a medias y las especulaciones se construye esta novela apasionante que en 1991 fue galardonada con el Premio Nacional de Narrativa.

*A Rosa, en el quincuagésimo aniversario
de nuestro encuentro. In memoriam.*

Prólogo

Jorge M. Reverte

No sé si a Manuel Vázquez Montalbán pueda gustarle la calificación, pero creo que ésta es su mejor novela. Un libro en el que, según se interna el lector, va apareciendo el alma del narrador a través de las almas de los narrados, unos de ficción y otros tan reales como la vida y la muerte (porque la muerte es esencial protagonista de esta novela) mismas.

Para mí esta primera consideración es fundamental, pues no creo en la literatura que no contenga pasión, que no albergue en su interior el hálito vital de quien la produce. Eso, sin embargo, no significa que haya que buscar a Vázquez Montalbán entre los vericuetos de la historia, porque a los escritores hay que dejarles también que sean libres para recrearse a sí mismos, para disfrazarse de distintos narradores. Eso queda de manifiesto en la elección de la protagonista de la historia, de la mujer a la que Vázquez utiliza para conducir el tronco de su investigación, una universitaria yanqui impulsada por la fascinación que ejerce sobre ella un personaje tan poliédrico como Galíndez y consciente, como sólo puede serlo una investigadora yanqui, de que es libre para llegar hasta donde pueda en busca de la verdad.

¿La verdad? En este libro ésa es una cuestión central. Y la verdad no tiene el más interesante de sus aspectos en conocer quiénes fueron los planificadores y ejecutores de la

muerte de Jesús de Galíndez. Trujillo, el dictador, la CIA, el Departamento de Estado, los hombres corruptos en el Congreso de los Estados Unidos, los hombres corruptos y asustados (de ahí su increíble crueldad) del entorno del dictador dominicano. Eso es la trama. Pero hay otra verdad, otra esquina de la verdad que nos escuece de una forma específica.

En esta historia novelesca, el protagonista pasivo tiene la obligación de buscar la complicidad del lector, su identificación con el sufriente. Y se nos presenta a Galíndez como un hombre lleno de contradicciones que toma varias decisiones a lo largo de su estancia en Nueva York que le conducen a la muerte. La primera, la de colaborar con la CIA para obtener el apoyo del Departamento de Estado al sueño de una insurrección nacionalista vasca contra el franquismo. La segunda, la de hacerlo en un momento dado a cambio de proporcionar información sobre los comunistas (término que en Estados Unidos en 1956 tenía un significado muy amplio). La tercera, la de indagar y denunciar la crueldad del régimen trujillista. Las dos primeras le conducen al centro de las tormentas. La tercera, a la muerte.

Galíndez es un héroe poco heroico. Su actitud delatora contra compañeros de exilio le convierten en un personaje cuyas virtudes se emborronan, algo que coincide de manera algo más que casual con la propia historia del nacionalismo vasco, que ya había dejado a sus aliados republicanos en la estacada cuando se rindió unilateralmente a los fascistas en Santoña. Pero hay un momento de redención en su vida, en la de Galíndez, un momento epifánico en el sentido de Joyce, que le lleva a empeñarse en una tarea que le costará la vida. Redención y sacrificio. Pero eso no es suficiente. Por ello, el personaje que toma las riendas de nuestra identificación como lectores es Muriel, la investigadora que se subroga en captar toda la atención positiva de nuestro ánimo. Sobre Muriel no recae ninguna sospecha, es

ingenua, limpia, y está obsesionada por buscar la verdad de la trama. La otra verdad, la de los impulsos humanos, nos la presta a través de la biografía cristalina de una mujer que abandona el fanatismo de su círculo familiar pero conserva el imperativo de ser fiel a sí misma.

En torno a ella, a Muriel, se van deshojando las motivaciones de personajes históricos (muchos de ellos de historia pequeña) en unos hechos que desbordaban a casi todos sus aparentes protagonistas. Los nacionalistas vascos jugando, a través de su representante ante el Departamento de Estado norteamericano, a la alta política internacional, los exiliados que tendrían que reexiliarse o caer en la miseria moral de colaborar con el más corrompido de los sátrapas, los agentes secretos que creen controlar a su títere caribeño... Una y otra vez, cuando se conocen las entresijos de las historias que cambian la Historia, desde el asesinato de Kennedy hasta el golpe contra Allende, siempre el mismo olor a mierda, a incompetencia y a confusión: los intereses a los que sirven quienes se encargan de las guerras sucias no son sólo los «objetivos», que diría un buen marxista, sino que se crean nuevos, como si fueran cánceres con autonomía de acción.

Vázquez Montalbán da vida en *Galíndez* a un grupo de actores a los que les une la impostación del narrador. Unos vivos otros muertos, unos ciertos, otros ficticios, todos ellos reencarnados en diálogos y peripecias que, por inventadas, se convierten en reales a través de la coherencia narrativa que conduce, al final, a un desenlace plenamente, también, coherente. Años después, Mario Vargas Llosa nos completaría otra parte de esta misma historia en su libro *La fiesta del Chivo*.

¿Son lícitos esos artificios de la impostación? Sí, de forma rotunda, siempre que eso nos conduzca a conocer una verdad o, mejor dicho, una de las verdades posibles. Y la verdad sobre Jesús de Galíndez está llena de esquinas, como

su propia biografía. Vázquez Montalbán nos conduce a su verdad sobre Galíndez, a la que a él le apasionó al decidirse a escribir una novela repleta de ambiciones estilísticas e investigadoras. Y eso es terreno de la literatura, de la novela, que es donde se debe colocar este libro.

«En la colina me espera... en la colina me espera...». El verso te da vueltas por la cabeza, como si fuera un surco rayado de un viejo disco de piedra. «En la colina me espera... en la colina me espera...». «Y volveré... volveré o me llevarán ya muerto... a refundirme en la tierra...». Ni siquiera eso fue posible, Jesús, musitas y te parece hablar con ese extraño compañero enquistado que desde hace años llevas dentro de ti. El viento limpia el valle de Amurrio y te levanta las faldas sobre esta colina de Larrabeode, la colina escogida como si fuera la colina, exactamente, la colina que esperaba a Jesús de Galíndez. Tienes frío y los huesos aguados por el viento que pule el pequeño monumento funerario dedicado a Jesús Galíndez y por la humedad retenida en el depósito que se cierne sobre el valle con su amenaza, promesa de agua. La estela de piedra parece ridícula y amedrentada por el colosalismo del depósito, poco más que un pretexto para no perder del todo la memoria, una memoria, un homenaje residual y probablemente incómodo. «No dudamos de que su pueblo natal querrá sumarse gustoso al mismo y con tal fin acompañamos a este escrito una relación de actos a celebrar para conocimiento y aprobación del ayuntamiento de su digna presidencia, al mismo tiempo que solicitamos la concesión del permiso necesario para utilizar una pequeña parcela de terreno (de 15a 20 m²) de propiedad municipal, en la mencionada colina de Larrabeode, a fin de poder instalar en dicho lugar un monolito de piedra y sirva para la delimitación del entorno en que quede enclavado». Pliegas una vez más la fotocopia de la

carta del Sr. Félix Martín Latorre, diputado foral de Cultura, dirigida al ilustrísimo Sr. alcalde, presidente del Ayuntamiento de Amurrio. Hace un año que sobre estas colinas se celebró el ritual de descubrir el monolito y también, también conservas el recorte donde se da noticia del acontecimiento en el diario más vasquista de la tierra, el más radicalmente vasquista de la tierra. Y sin embargo, en él, la noticia de la inauguración es casi tan escasa como el mismo monumento.

—Muriel, tengo frío. Hace frío.

Cinco metros más abajo, Ricardo reclama. Te ha concedido cinco minutos para la necrológica o la necrofilia, ¿no es lo mismo? Está hasta los huesos del frío, de la humedad, de niebla que amenaza sustituir el viento y de tu peregrinaje tras la sombra vaciada de Jesús de Galíndez, desaparecido en Nueva York, en la mismísima Quinta Avenida, el 12 de marzo de 1956 y treinta años después no hay otra presencia de él que este pedrusco que parece una galleta de piedra. «Mrs. Muriel Colbert. Departamento de Historia Contemporánea, Universidad de Yale. En mi condición de concejal de Cultura del Ayuntamiento de Amurrio, tengo a bien comunicarle que estoy a su disposición para facilitarle cuanta información precise sobre la vinculación de Jesús de Galíndez con el pueblo de sus antepasados, Amurrio. Precisamente hace escasos meses fue inaugurado un monolito dedicado a la memoria del ilustre mártir de la patria vasca y esperamos pueda comprobar directamente el respeto y la memoria que nuestro pueblo sigue dedicando a uno de sus hijos más ilustres y sacrificados».

—Muriel, ¿no te da lo mismo seguir llorando en un tascorro, ante un cafelito bien caliente o un chiquito? Te veo las piernas y el culo, y se te han puesto moradas hasta las pecas.

El viento podría llevarse esos huesos esbeltos de Ricardo, arrojados por un anchísimo abrigo color de rata gris, según se lo describes cuando quieres excitarle el amor propio de *yuppie* vestido en las tiendas *prêt à porter* de Adolfo Domínguez.

—A los yanquis os entusiasman los trajes de cuadros príncipe de Gales de color amarillo, combinados con los zapatos de color naranja.

Ahora te envía una súplica casi total, con el cuerpo encojido, las manos unidas para un rezo al dios de tus decisiones y la delgada cara aún más afilada por el frío. Tratas de concentrarte en la piedra, de convocar la memoria de Galíndez, su espíritu, pero no acude, sigue siendo una piedra pretexto para que nunca pueda decirse que Galíndez no fue recuperado por el pueblo vasco liberado del franquismo. Si te emocionas y se te llenan los ojos de lágrimas es por lo que llevas dentro de ti, por lo que sabes y lo que imaginas, no por este escenario mezcla de lavabo y cementerio, en el que el depósito de agua tiene más importancia que Galíndez, ni por el panorama de un Amurrio que nada tiene que ver con el pequeño pueblo idealizado por Jesús de Galíndez desde su infancia, casi desde el mismo momento de su nacimiento en Madrid, hijo y nieto de vascos, de vascos de Amurrio, *Amurriotarra* fue el seudónimo que utilizó para firmar muchos de sus textos durante el exilio. En la biografía que le construyó Pedro de Basaldua, veinticinco años después de su desaparición, aún le concede nacer aquí, en Amurrio, un 12 de octubre de 1915, pero en realidad nació en Madrid, donde vivían y trabajaban sus padres. Es cierto que períodos enteros de su infancia los pasó en la finca de su abuelo paterno, en Larrabeode... «situada en un altozano, a cien metros de un histórico recinto donde desde siglos atrás junto al árbol del Campo de Saraobe, hoy desaparecido, se reunían las juntas de la tierra de Ayala. Desde la finca a donde llegan por igual el repiqueteo de

las campanas de Amurrio y Respaldiza, se divisan los picachos verdes de las montañas. Más de una vez en su adolescencia, abierto su espíritu a la imaginación y los sueños, ha llegado en breve paseo a Quejana, hasta la iglesia de Tuesta, joya de los primeros años del siglo XIII y se ha conmovido ante el sepulcro de piedra del gran canciller Pedro López de Ayala, personaje de singular prestigio y señor de estas tierras que habían de dejar profunda huella y definitiva en su alma. Fallecida su madre, cuando Jesús era una criatura...».

—Muriel. Por última vez. Yo me voy.

—Ya bajo.

«Fallecida su madre, cuando Jesús era una criatura...». La frase de Basaldúa la retuviste especialmente, entonces, cuando leíste por primera vez el libro bajo el consejo de Norman, en Nueva York, en 1981. «Fallecida su madre, cuando Jesús era una criatura...». Y aún musitas la frase cuando te reciben los brazos de Ricardo, un abrazo fugaz de agradecimiento y luego su mano fría coge una de las tuyas y tira de ti para brincar por el sendero y llegar cuanto antes al coche que os aguarda con su promesa de pequeño calor y viaje al caserío de los Migueloa, propiedad de un tío materno de Ricardo.

—Tardé en darme cuenta de que mi segundo apellido era vasco. Antes de que ETA empezara a matar españoles tener un apellido vasco era un motivo de orgullo. Era como ser algo diferente, fuerte, misterioso. Aunque los niños lo asociábamos al Athletic de Bilbao. Un club virtuoso, como esos críticos de la política que siempre son un modelo que nadie está dispuesto a seguir. El tío Chus se va a emocionar cuando vea que su sobrino madrileño le lleva nada menos que una investigadora norteamericana de vascongadeces.

Te provoca pero no le secundas. Tal vez porque estás plácidamente cansada de lo que él llama provocaciones es-

pañolistas, como si asumiendo el pecado original ablandara la agresión del pecado. O porque ha metido la mano bajo tus faldas y te acaricia los muslos fríos y te dice otra vez, una vez más, que la piel de las pelirrojas lima las manos, como un suave papel de lija.

—¿Qué tal el monumento?

—Ridículo.

—Ya te dije que aquí nadie sabía quién era ese Galíndez. A mí como si me hablaras de Tutankamón.

—Para ti la prehistoria terminó hace diez años.

—Más o menos. Y estoy tranquilo sin memoria o con muy poca memoria histórica. La verdad es que no entiendo por qué tú vas por la vida fisgando en las memorias históricas ajenas. Ni siquiera vives bien de eso. Te han dado una beca miserable.

Atardece, pero la niebla aún filtra claridades que revelan todos los colores del verde, bajo esa luz del norte que degusta los matices. Ricardo conduce ahora con mansedumbre, ya no es el piloto kamikaze que te ha traído desde Madrid con el coche disimulando sus jadeos con las bravatas del tubo de escape doble. Abres la monografía sobre Amurrio que te han dado en el ayuntamiento y te sorprende que haya sido escrita en 1932 en olor a sacristía, prologada por el obispo de Vitoria y a él dedicada por el autor, el párroco de Amurrio José Medinabeitia... no, no digamos todos, pero sí la mayor parte de valores espirituales y materiales que supone y encierra Amurrio... el magnífico templo parroquial con su maravilloso altar mayor, las devotísimas ermitas de la villa, las antiguas y actuales cofradías y hermandades de perfecta organización... la historia del Santo Hospital, Casa de la Caridad, casa y hotel de Dios, las casas solares de Ayala, mejor dicho, de Amurrio, verdaderas cunas de hereditaria y originaria nobleza... el brillo de sus linajes, las casas armeras, los apellidos patronímicos y topo-

nímicos, gestas gloriosas de sus varones egregios y eclesiásticos, civiles y militares, ordenanzas formidables que defendían y garantizaban una sólida paz cristiana, envidiable libertad y convivencia fraternal, floreciente industria en el presente... y muy, muy acertadamente dedica el autor varias páginas al Reformatorio de niños más que delincuentes mal educados o desgraciados...

—¿Quién ha escrito estas gansadas?

—Un cura.

—¿De ahora?

—No. De 1932.

—En esta tierra todo lo han fraguado los curas. Tanto el tradicionalismo carlista o nacionalista como el marxismo leninismo de los etarras de hoy. Es un pueblo de curas y madres. Siempre me lo ha dicho mi padre que no puede tragar a los curas y sospecho que no soporta a mi madre.

«Fallecida su madre, cuando Jesús era una criatura...». Habías discutido mil veces con Norman sobre la relación entre la madre perdida y la tierra vasca usurpada, volver a la tierra, volver a la madre, con la violencia de un vasco que casi nunca ha podido vivir en el País Vasco, un país de memoria y deseo, un país ligado a la imagen del abuelo, ex alcalde de Amurrio, que le ha enseñado a caminar por senderos entre helechos gigantes, serpenteantes por laderas empinadas hasta la verticalidad. Ni siquiera su padre, vasco, había entendido jamás la querencia vasquista de Jesús, un hijo que le había nacido soldado de una patria, soñada o imaginada. «A mí me admira —proclamó Xabier Arzallus, presidente del Euzkadi Buru Batzar— que sean tan pocos los que se acuerden hoy de Jesús de Galíndez. Y no es que fuera del PNV, ya que luchó mucho más allá de lo que es la lucha por Euzkadi. Luchó como puede haber gente que combate hoy por Nicaragua...».

—A ver. Creo oír mal. Tendrá huevos este tío, ahora resulta que es sandinista... Vuelve a leer...

«Luchó como puede haber gente que combate hoy por Nicaragua. Estuvo contra la tiranía por tierras y gentes que no eran suyas...».

—Este Arzallus es un camaleón. Tal como lo dice igual puede referirse a los sandinistas o a la contra. Los dos dicen luchar por Nicaragua.

—¿Y según tú, quién lucha realmente por Nicaragua?

—No creas que lo tengo tan claro como tú. Luchar por la democracia significa instaurarla mediante instituciones democráticas. No creo en los mesianismos sandinistas ni en la contrarrevolución que dirige Reagan.

—Tú crees en la Democracia.

—Eso es.

—¿La suiza?, ¿la norteamericana?

—¿Por qué no?, ¿hay otra?

—¿Y eso lo preguntas tú, un socialista?

—Te lo pregunto a ti, que tienes la suerte de vivir en una democracia desde que naciste.

—Cuando yo era niña vi cómo la policía democrática cazaba *black panthers* por la calle.

—*Black panthers*, ¿qué es eso?

—Eres demasiado joven, déjalo correr.

—Sí, mamá.

Te gustaría tener alguna vez un hijo tan hermoso como Ricardo, tan delgado, tan flexible, tan moreno, con la doble elegancia de ser hijo de familia ilustrada y funcionario de un Ministerio de Cultura socialista, la elegancia de cuna y la elegancia de un moderador de la historia. «Galíndez es algo así como el árbol de Guernika. *Ernán eta zabalzazu*^[1]».

Él llevó la libertad y la justicia luchando por ella a través de todo el mundo y eso es admirable. No se dan demasiados ejemplos en este mundo de gente que arriesga su vida y la pierde de una forma cruel por defender la libertad y la justicia». Pero Ricardo ya sólo atiende a la carretera que se ha estrechado, como afilando su puntería en busca del caserío recóndito de los Migueloa. Está cansado de Galíndez y de Arzallus y merodea un pacto sobre discusiones políticas.

—Oye, bonita. No me enzarces en una discusión política con mi tío, que es un vasco de no te menees. Y además está mi primo que ha sido etarra y ahora se dedica a la escultura y a la pintura, en plan un poco majara, porque nadie que no esté un poco majara se dedica a eso del terrorismo. Yo te presento como una investigadora de la cuestión vasca, de Galíndez si quieres, damos carnaza a la fiera, luego comemos unas alubias que mi tía hace de puta madre y nos vamos a dormir y mañana a Madrid, que esto es Albania. Y cuidado que el país me tira, me gusta y viniendo de la estepa como vengo, todos estos árboles y estos prados me impresionan. Aunque no sepa ni el nombre de esos árboles.

—Robles.

—¿Y aquéllos de allí?

—Castaños... y al lado las hayas y junto al camino está lleno de avellanos, mezclados con los endrinos, los escaramujos, los enebros y los acebos.

Ricardo frena suavemente el coche y te pellizca un muslo.

—Oye, bonita, tú te estás quedando conmigo.

Te da risa que tu erudición le haya provocado una indignación cómica, no el pellizco que conservas como una agresión que carece de sentido, incluso que carece de cariño.

—Y esos arbustos tan verdes, parecen pestañas...